

resultado otra cosa que el aumento de la miseria de los pueblos, la ruina de la agricultura y del ya agonizante comercio, el atraso de la minería, y la desolacion de la sociedad entera.

Que esta era la conviccion de considerable número de personas adictas á las instituciones republicanas se patentiza por el empeño que muchas de ellas tomaron en hacer que algunos de sus amigos que figuraban en las filas del ejército republicano se ausentaran por entonces del teatro de la guerra. Una de esas personas, muy apreciable por cierto, fué D. Francisco Aragon, vecino de Cosalá. Consagrando una sincera amistad al general D. Ramon Corona, que correspondia á ella de igual manera, salió de Mazatlan y fué á hacer una visita al expresado general, con quien tuvo una conversacion bastante larga en que se trató del estado que guardaban los asuntos políticos. Hablando de esa entrevista entre los dos excelentes amigos, los apreciables escritores republicanos D. Juan B. Hajar y Haro y D. José M. Vigil, aseguran que Aragon, viendo simplemente los hechos en sí mismos, pasaba á hacer las deducciones más desfavorables para la causa republicana, considerando imposible que las tropas que combatían por ella llegaran á sobreponerse á los elemen-

1865. tos combinados de la intervencion y el impe-  
Octubre. rio. En seguida decían los expresados escritores: «Debemos añadir que este modo de raciocinar era comun en esa época á un gran número de mejicanos, á lo que debe atribuirse la adhesion de unos al gobierno de Maximiliano, y la tibieza de otros para ver pasar los sucesos, procurando sacar únicamente el mejor partido per-

sonal que las circunstancias permitieran. Advertiremos de paso, que las muchas defecciones que tuvieron lugar en aquellos días de infausta memoria, fueron otros tantos actos de doble traicion, pues los que habiendo pertenecido al partido republicano se separaban para aliarse con el usurpador extranjero, no tenían embarazo en manifestar á sus antiguos correligionarios, que adoptaban aquella conducta para hallarse en estado, llegado el tiempo, de servir mejor á su causa, de la que no habían desertado ni desertarían jamás.» (1)

Como se ve, las presentaciones al imperio eran numerosas; y aunque no pocas, en efecto, fueron con intencion de volver á la lucha en caso de que mejorasen las circunstancias, muchas fueron sinceras, considerando que la opinion de los pueblos era favorable al imperio, y haciendo el sacrificio de sus opiniones en obsequio de la paz que la nacion anhelaba. El 21 de Octubre, se presentaron, acogiéndose á la amnistia acordada por el emperador el día 3 de Octubre, los guerrilleros D. Luis y D. Prisciliano Arteaga que operaban en el departamento de Tlaxiingo. En el mismo día verificó igual cosa D. Anselmo Galvez, en Actopan. En Misquiahuala se presentaron á indulto el 30 de Octubre, diez y ocho jefes de guerrilla, con cuya presentacion habia quedado sin fuerza alguna republicana, segun aseguraba al ministro de la Guerra el comandante de la primera division, el camino de Tula á

(1) «Ensayo histórico del ejército de Occidente,» página 310.



Pachuca, Actopan é Ixmiquilpan hasta Jimapan. (1) Pocos días antes, el 20 de Octubre se presentaron igualmente á indulto, en Tejupilco los guerrilleros Don Juan Borrego y D. Simon Loza. El 28 del mismo mes se acogieron á la amnistía, presentándose al comandante de la tercera division territorial, los generales D. Victoriano Espínola y D. Silvestre Aranda, el coronel D. Zeferino Macías, y D. Anastasio Ríos. En Tlalpump se presentaron igualmente á indulto el 31 de Octubre, catorce jefes de guerrillas. (2) El 30 verificaron igual cosa, en Misquiahuala, diez oficiales; y el 25, en Michoacan, el comandante D. Rosendo Perez, el capitán D. Alejo Zavala, y el teniente D. Urbano Piña. (3)

A todos estos sucesos favorables para la causa del imperio, se agregó la adhesion de la Baja-California al nuevo orden de cosas establecido en la capital de Méjico, incorporándose, en consecuencia, aquel vasto territorio á los demás departamentos.

(1) Los diez y ocho jefes de guerrilla presentados, fueron los siguientes: D. Vicente Calderon; D. Sóstenes Vega; D. Ignacio Villalobos; D. Francisco Mendoza; D. Justo Álvarez; D. Ramon Cabello; D. Luis Guerrero; D. José Luz Linares; D. Primo Reyes; D. Francisco Soria; D. Pascual Escamilla; D. Guadalupe Escamilla; D. Félix Rodriguez; D. Nicanor Cruz; D. Juan Rosas; D. Andrés Arvide; D. Miguel Zepeda y D. Pablo Morales.

(2) Sus nombres eran: D. Apolonio Lopez; D. Gregorio Ramirez; D. Francisco Avila; D. Jesús Martinez; D. Manuel Jordan; D. Bárbaro Garcia; D. Jesús Ibañez; D. Cornelio Miranda; D. Luis Medina; D. Matías Martinez; D. Simon Velazquez; D. Julio Trista; D. Pedro Rodriguez y D. Máximo Avila.

(3) Los diez oficiales presentados en Misquiahuala, fueron: D. Blas Cruz; D. Pedro Vazquez; D. Francisco Aragon; D. Guillermo Terán; D. Márcos Sosa; D. Andrés Mercado; D. Rafael Manzano; D. Joaquin Cejudo y D. Albino Vargas.

Si el emperador en esa época hubiera tenido organizado un numeroso ejército mejicano, con jefes y oficiales de los que se habían distinguido siempre en el partido conservador, esto es, de verdaderos imperialistas, no debe dudarse de que hubiera logrado consolidar el trono; pero confiando demasiado en que la Francia no retiraría sus tropas hasta no hallarse pacificado completamente el país, que esperaba fuese en muy breve plazo, y dando crédito á los que le aseguraban que los Estados-Unidos se hallaban resueltos á no romper su neutralidad para no complicarse en una guerra extranjera, que podría hacer que los Estados del Sur volvieran á levantarse, dejaba para más tarde su organizacion. Esta era una falta de prevision cuya importancia conocía muy bien el partido republicano, y de la cual esperaba el triunfo de su causa. A ningún mejicano, de ninguno de los dos partidos, se le ocultaba que el gobierno de Washington se hallaba interesado en que no se estableciese una monarquía cerca de su república, y que las tropas de D. Benito Juarez que militaban en la frontera, recibían constantes auxilios de los Estados-Unidos. Solamente Maximiliano y los que le rodeaban se entregaban á ilusiones lisonjeras; así es que en los momentos precisamente en que el gabinete de Washington empezaba á usar en sus notas de un lenguaje arrogante respecto de la Francia, en el *Diario del Imperio*, periódico oficial del gobierno de Maximiliano, se publicaban artículos como el que á continuacion pongo:

«*Nueva-York*, 9 de Octubre de 1865.—Los juaristas y orteguistas residentes en esta ciudad, están en el más



perfecto desacuerdo. La parte sensata de la población considera muerta la causa de los juaristas. Estos, aunque muy desalentados, tratan por medio de diversas cartas que han publicado, y de un cúmulo de falsedades á cual más manifiestas, de formar sensación en el público y de dar aparentemente alguna señal de vida al partido. No ocurre novedad en lo relativo al empréstito juarista, ni tampoco con relación á expediciones de filibusteros. *El gobierno sigue resuelto á observar la neutralidad.* Los bien conocidos Vidal y Rivas y el marqués de Sard, que se llaman agentes de D. Antonio Lopez de Santa-Anna, nada consiguen en favor de su prohombre. Sobre este ha caído un completo ridículo, y este pueblo le ha juzgado como ha merecido siempre.»

También en una carta escrita por M. Bourdillon á Maximiliano decía á este que «M. B. que estaba siempre bien impuesto de todo lo que pasaba en los Estados-Unidos, le hacía creer que el grito contra Méjico se daba solamente para los planes de un partido, y que entre los partidarios de la doctrina de Monroe, había pocos que se echaran sobre ellos la responsabilidad de una guerra con Francia, y de otra probablemente con Inglaterra.»

Muy poco conocimiento revela el autor de esta carta de la política, las aspiraciones y de los hombres de la república norte-americana. Con informes de esta naturaleza escritos sin conocimiento del país de que se hablaba, y con la falta de verdad del gabinete de las Tullerías, no es de extrañar que el emperador Maximiliano acogiera fácilmente lo que llegaba á lisonjearle y abrigase la más

risueña convicción de que los Estados-Unidos acabarían por reconocer su gobierno.

1865.

Que siguiese acariciando esas lisonjeras ideas y que no diese paso á la organización del ejército era lo que al partido republicano le convenía. Nada le importaban las presentaciones. Bastábale que existiesen en pie algunas fuerzas manteniendo el fuego de la guerra, aun cuando sufriesen nuevas derrotas. El día que se marchasen las tropas francesas, obligaría á tomar las armas á los pueblos de los territorios que recorrían, y siendo imposible á las pocas tropas imperialistas defender todas las ciudades de los diversos Estados, esparcidas en aquel vasto país que cuenta de extensión ciento catorce mil leguas cuadradas, la situación cambiaría completamente, y las fuerzas republicanas avanzarían sobre la capital, sin dar tiempo al emperador á que levantase un ejército. Mientras ese día de la marcha de las tropas francesas llegaba, lo importante para el partido republicano era dar señales de vida, moverse, hacer ver que existía la lucha.

Un apreciable escritor mejicano, D. Juan de Dios Arias, adicto á las instituciones republicanas, dice: «Fatigar al enemigo, dividir su fuerza, extraviarlo en sus planes, sorprenderle cuando se pudiese hacer con provecho, economizar municiones, ocultarse en los bosques ó en las montañas á reparar las pérdidas, tal era la única táctica posible en un dilatado territorio escaso de población, y, por lo mismo, desprovisto aun de los recursos indispensables, principalmente á causa de la incomunicación en que les ponían las expediciones de los fran-



ceses, que todo lo destruían ó consumían á su paso.» (1)

Igual cosa viene á decir, aunque de distinta manera, el subteniente de artillería francés D. Alberto Hans, que militó en la division del general imperialista mejicano don Ramon Mendez. Hablando del guerrillero republicano Régules que hacía la campaña en Michoacan, da á conocer la táctica que seguía, que es aplicable á los demás jefes de guerrillas, y la esperanza que abrigaban de que á la ida de los franceses las cosas tomarían un aspecto agradable para los que combatian contra el imperio. «Régules,» dice el expresado subteniente Hans, «es un español de las provincias vascongadas, que sirvió en otro tiempo en las tropas de D. Carlos, en calidad de sargento, y que emigró á Méjico despues de la ruina del partido carlista.....»

1865. «Régules era el principal adversario de Mendez en la provincia de Michoacan, que conocía tan bien como este último; su obstinacion en continuar una lucha sin cuartel y que había ya costado la vida á sus predecesores Arteaga y Salazar, es digna de admirarse.

«Despues de numerosas derrotas, sus tropas llegaron á un estado de desnudez y de miseria imposible de describir, y que él no podía remediar, no teniendo, como los jefes republicanos del Norte, la vecindad de los americanos que vendian armas y municiones.

(1) Don Juan de Dios Arias. «Reseña histórica de la formacion y operaciones del cuerpo de ejército de operaciones.» Un tomo octavo mayor, página 35.

«A pesar de esto, Régules, aunque enfermo, continuó la lucha, derrotado tan pronto por los franceses como por el general Mendez, pero reanimándose cuando obtenía el menor triunfo. Sabía admirablemente hacer esa guerra de partidarios, que necesita, para ser bien dirigida, de hombres activos, infatigables, que soporten con paciencia las más duras privaciones, y cuya alma debe ser de un temple particular.....»

«Régules, alcanzado y derrotado muchas veces por el general Mendez, todos habrían creído que habíamos acabado con él, cuando, segun los partes, se había escapado desesperado y seguido solamente de algunos fieles; pero pocos dias despues, había recogido á los dispersos y echado leva, sin piedad por los desgraciados campesinos. El fruto de los impuestos y de las requisiciones, le permitía reorganizar y remontar pronto, mal que bien, sus tropas y su caballería. Entonces, si el general Mendez no se lanzaba tras de él y no le perseguía de nuevo con encarnizamiento, Régules caía audazmente sobre algun punto desguarnecido.

«La táctica de Régules, lo mismo que la de los demás jefes republicanos, era evitar á toda costa el combate donde era seguro debía ver sus tropas sin consistencia y desmoralizadas, derrotadas por completo, y perdidos de nuevo los pocos elementos que había podido reunir á fuerza de trabajo. Entonces huía sin detenerse durante días enteros; sus desgraciados soldados, demasiado vigilados para poder desertar, y no pudiendo marchar, caían de fatiga é inanicion en los caminos: los cintarazos no siempre bastaban para hacerles levantar.



«Caballos flacos, llenos de mataduras, quedaban abandonados por sus ginetes, á los que ya no podían servir, y su presencia nos anunciaba que no se hallaba léjos el enemigo. Se aceleraba la marcha, pero no siempre alcanzábamos á esos adversarios impalpables.

«Existir mientras partían los franceses, tal era el objeto principal de los republicanos. Estos no podían esperar vencer á las tropas de la intervencion, pero decían: se irán el día menos pensado, cansados de nuestra resistencia ó vencidas por los americanos del Norte....

«Tal era el razonamiento de Régules; no estaba desprovisto de buen sentido político....

«Era preciso existir á toda costa; y por eso Régules rehusaba siempre el combate cuando no le ofrecía probabilidades de buen éxito, porque huía sin cesar, ó dispersaba sus tropas en pueblos que les designaba y á expensas de los cuales vivían.

«La tierra caliente que se extiende al Sur de Michoacan, era tambien un refugio á donde el general Mendez le perseguía raras veces, porque Régules pasaba entonces el río de las Balsas y hacía una visita al viejo Alvarez, jefe, ó mejor dicho, rey de los pintos, que no reconoció ni á la intervencion ni al imperio, porque se cometió con él, como con tantos otros, una falta imperdonable con que se ofendió su amor propio. El viejo dictador, único dueño, despues de Dios, de aquellos países, protegía á Régules hasta el momento en que este último podía aprovechar la ocasion de volver á las tierras frías ó templadas de Michoacan, porque una larga permanencia en la tierra caliente, en la época de la estacion de las lluvias, des-

truía todavía más á las miserables tropas republicanas que á los batallones imperiales.» (1)

El descuido, pues, con que el emperador Maximiliano veía la organizacion del ejército imperialista mejicano, hacía esperar á los jefes republicanos que la suerte se manifestaría favorable á ellos desde el instante que las tropas francesas regresasen á Francia, como estaba convenido.

Otro punto importante, esencial, que debía dejar arreglado antes de la terminacion del plazo para la salida del ejército francés, si quería que no se derrumbase el trono, era el arreglo de la hacienda. Esta debía ser la cuestion vital á que dedicase detenidamente su atencion. Maximiliano lo comprendió así; pero aunque dictó varias disposiciones con este objeto, no se estableció el orden debido, siendo, en consecuencia, poco risueños los resultados. Aun no habían transcurrido seis meses desde que ocupó el trono de Méjico, cuando recibió en Noviembre de 1864 una nota francesa en que se le indicaban algunos retardos. Su empeño, sin embargo, en establecer un buen sistema de hacienda, era grande. Con el objeto de conseguirlo pidió al gobierno francés que le enviase de Francia un cuadro de empleados de hacienda. Maximiliano convocó á una conferencia á sus ministros de Guerra y Hacienda y al general Bazaine para hacerles saber la peticion que había hecho, así como para escuchar lo

(1) Don Alberto Homs. «Querétaro.»



que sería conveniente hacer cuando los individuos solicitados llegasen. Despues de varias observaciones se dispuso que el personal se repartiase en diversos Estados. En el momento que llegaron á Méjico, el general Bazaine, como se había convenido, envió á estos agentes á sus respectivos destinos, á donde iban á cumplir una mision de registro y vigilancia. Al mismo tiempo dirigió á los jefes militares de los departamentos una circular en que se les prevenía que apoyasen y secundasen á los referidos empleados. Esta medida fué muy mal recibida porque lastimaba la delicadeza de varios empleados mejicanos, y no dió resultado ninguno favorable para la hacienda. El gobierno de Maximiliano no había resuelto nada aun, cuando el general Bazaine les envió á los puertos y principales ciudades del interior; y, por consiguiente, llegados á su destino, fueron admitidos por los administradores locales. Otras muchas disposiciones se tomaron de parte de Maximiliano para poner en marcha franca y próspera la hacienda; pero ninguno de ellos dió los resultados apetecidos. Entonces pidió la emperatriz Carlota, como dejo referido, al gobierno francés, que le enviase un ministro de Hacienda, sin tener presente que el Estatuto exigía que para ejercer el cargo de ministro era preciso ser mejicano. El consejero de Estado francés, Sr. Langlais, que fué elegido, llegó á la capital de Méjico el 16 de Octubre. El emperador Maximiliano comisionó á M. Eloin para que fuese á felicitarle por su llegada, y á comunicarle la posicion que le tenía destinada el soberano, que, como en páginas anteriores tengo dicho, no quería darle el ministerio de Hacienda.

Como Maximiliano le había escrito al ministro francés Mr. Fould manifestándole que no podría recibir á Mr. Langlais como miembro del ministerio, creyó que antes de embarcarse se le hubiese hecho saber su disposicion; pero Langlais ignoraba aquella circunstancia, pues aun el mismo Bazaine llegó á ocultarle lo que había respecto de aquel asunto, como se lo había prevenido Mr. Fould. Cuando el Sr. Eloin se presentó á él y le refirió la verdad de todo, Mr. Langlais contestó que «eran tan terminantes las instrucciones que había recibido, que no podía aceptar otra posicion que la de ministro de Hacienda, pues era la que se le había dado con todas las prerogativas y toda la responsabilidad que le son anejas.»

Poco despues fué presentado el Sr. Langlais al emperador, por medio de Mr. Danó. Recibido cordialmente, Mr. Langlais repitió al emperador lo que había hecho saber á Eloin cuando fué á felicitarle, y manifestó que mientras ponía en conocimiento del gobierno francés lo que pasaba y recibía la contestacion suya, se ponía á las órdenes de Maximiliano para darle oficiosamente pruebas de su noble empeño y desinterés en servirle.

El emperador quedó altamente inclinado en favor de Langlais desde la primera entrevista, y resolvió conven-  
 1865. cer á sus ministros á que ayudaran al expre-  
 Octubre. sado Langlais, á emprender, sin nuevos retardos, la reorganizacion de la hacienda. Por fin entró á dirigir esta; y aunque no llevaba el nombre de ministro, lo era de hecho y con facultades amplísimas que le dió Maximiliano antes aun de que llegase al país, por un de-